

Lágrimas de santa Teresa

CARLOS EYMAR

Madrid

RESUMEN: El fenómeno místico del “don de lágrimas” constituye uno de los fenómenos que recorren el camino de la historia del cristianismo y que podemos remontar hasta la misma vida del Señor. Después de recordar este hecho, podremos comprender la presencia del mismo en la obra de Santa Teresa y en su biografía. Un breve resumen de sus posibles fuentes en la persona y en la obra de nuestra autora constituye la reflexión final del presente trabajo.

PALABRAS CLAVE: “don de lágrimas”, melancolía, discernimiento, grados de oración y lágrimas.

St. Teresa's Tears

SUMMARY: The mystical phenomenon of “the gift of tears” is present throughout the history of Christianity and can be traced back to the Lord's life. With this in mind, we can understand its presence in the works of St. Teresa and in her biography. A brief summary of its possible sources in the person and in the writings of St. Teresa will serve as the concluding reflection of this study.

KEY WORDS: “the gift of tears”, melancholy, discernment, degrees of prayer and tears

Pierre Adnès, el autor de la voz *Larmes* en el *Dictionnaire de Spiritualité*, sitúa a San Ignacio y Santa Teresa como últimos representantes de una larga serie de santos, místicos y buscadores de Dios que fueron agraciados o teorizaron sobre el don de lágrimas¹. Sin embar-

¹ *Voz Larmes en Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, Paris, 1974, v. 9, p. 288.

go, el interés de un estudio sobre las lágrimas en Santa Teresa, además de por el hecho de abordar un tema poco tratado, dista mucho de agotarse en su dimensión puramente arqueológica. Existen, a mi juicio, argumentos suficientes para una revalorización de las lágrimas en la espiritualidad actual. En primer lugar como un elemento de diálogo ecuménico, pues tanto ortodoxos como judíos prestan mucha mayor atención al tema de las lágrimas. San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianzeno, Evagrio, Simeón el Nuevo Teólogo...integran, entre otros, una tradición oriental que llega hasta nuestros días. Autores, como el ortodoxo Olivier Clément, han tratado de revivir esa tradición e incluso de restaurar litúrgicamente el Canon de San Andrés de Creta que insiste sobre la dimensión sacramental de las lágrimas: “¡Oh Maestro!, lávame en el agua de mis lágrimas para hacer brillar como nieve mi túnica carnal”².

En el ámbito judío podemos mencionar a Cathérine Chalier que, siguiendo la estela de Levinas, con el trasfondo de Auschwitz, ha redactado un breve pero intenso *Tratado de las lágrimas* sobre bases veterotestamentarias e inspiración hasídica³. Además de su vinculación a una posible oración ecuménica, las lágrimas arraigan en una filosofía que cada vez confiere más importancia al sentimiento y a la afectividad. Inteligencia emocional, razón poética, razón cálida, son conceptos modernos que tratan de atenuar el intelectualismo escolástico a base de alma, sentimiento y corazón. El Dios vivo, tal y como le sucedió a Pascal, es el Dios descubierto con lágrimas y no con las razones de los filósofos⁴. Por último, el interés por las lágrimas también se reencuentra con la tendencia a hacer participar al cuerpo en la oración, insistiendo en las posturas, ritmo de la respiración o incluso en movimientos cuasi coreográficos.

A continuación, antes de meternos en la obra teresiana, vamos a tratar brevemente, en lo que respecta a su doctrina de las lágrimas, de

² Cit. CLÉMENT, O., *Le Chant des larmes*, DDB, Paris, 2011, p. 137. Vid también el artículo de VAZQUEZ CASADO, C., “Una antropología del arrepentimiento” en *Revista de Espiritualidad*, nº 291, 2014, p. 189.

³ CHALIER, C., *Traité des larmes*, Albin Michel, Paris, 2008.

⁴ PASCAL. Así en su célebre Memorial en *Oeuvres Complètes*, Gallimard, Paris, 1954, p. 554. Vid también mi artículo “Descartes y Pascal. Un debate cristiano en la entraña de la modernidad” en *Revista de Espiritualidad* nº 275 (2010).

dos de sus principales inspiradores cuales son Francisco de Osuna e Ignacio de Loyola. Evidentemente, por razones de extensión, no podemos tratar aquí del nacimiento y proceso de configuración de las lágrimas en el mundo cristiano. La originalidad del cristianismo con respecto a otras religiones es la de haber “descubierto”, en el contexto de la cultura mediterránea y al amparo de la Biblia, esa forma especial de llanto conocida como don de lágrimas. En el trasfondo de lo que vayamos a decir sobre Santa Teresa ha de quedar, por tanto, la inmensa variedad de lágrimas contenidas en los personajes del Antiguo Testamento desde José a David, desde Jacob a la hija de Jefé, desde Ana, la madre de Samuel, a Jeremías, desde Raquel a Job. Sobre todo, se han de tener presentes esas tres ocasiones en que Jesús lloró: por la muerte de Lázaro (Jn 11, 34-35), por Jerusalén (Lc 19, 4) y en Getsemaní (Hb 5, 7).

El cristiano, que debe tratar de imitar los sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2, 5), ha de incorporar a su vida las lágrimas de compasión, de dolor por los pecados ajenos y de sufrimiento redentor que él derramó. En especial, habrá de llorar por los pecados propios siguiendo el modelo de esos dos grandes pecadores arrepentidos cuales fueron Pedro y la Magdalena, tradicionalmente identificada con la mujer pecadora de Lucas 7, 36. Con esos mimbres, los padres del desierto, los *penthikoi* o lloradores movidos por el *penthos* (duelo o aflicción), construyeron una profunda espiritualidad de las lágrimas que vemos reflejada en obras como los *Apotegmas*, en el *Tratado sobre la oración* de Evagrio Pónico o en la *Escala espiritual* de San Juan Clímaco⁵. Esa espiritualidad alcanzó su apogeo en la Edad Media con nombres tan destacados como los de San Agustín, San Benito y su regla, San Gregorio, San Bernardo, San Francisco o Santa Catalina de Siena⁶.

⁵ Vid. HAUSHERR, I., *Penthos, la doctrine de la compunction dans l'Orient chrétien*, Pontificalium Institutum Orientalium Studiorum, Roma, 1944 y el artículo *La compunción* en www.monasteriodealoz.org. *Los Dichos de los Padres del desierto*, Apostolado Mariano, Sevilla, 1991. EVAGRIO PÓNICO, *Sobre la oración* en *Obras Espirituales*, Ciudad Nueva, Madrid, 1995. JUAN CLÍMACO, *Escala Espiritual*, Sígueme, Salamanca, 1998.

⁶ Para una perspectiva general de la Edad Media vid., NAGY, P., *Le don des larmes au Moyen Âge*, Albin Michel, Paris, 2000.

FRANCISCO DE OSUNA E IGNACIO DE LOYOLA

Con Francisco de Osuna y, en concreto, con su *Tercer Abecedario espiritual*, llegamos a las fuentes directas en las que bebió Santa Teresa. Lo cual no quiere decir que la Santa ignorara toda la tradición a la que nos acabamos de referir, profundamente vinculada a una espiritualidad afectiva. Santa Teresa alude expresamente a ella: "...San Francisco da muestra de ello en las llagas; San Antonio de Papua [en] el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad, Santa Catalina de Siena..."⁷. Francisco de Osuna, franciscano, uno de los autores más leídos en la primera mitad del siglo XVI, recoge en su *Abecedario* un nuevo método de oración basado en la interiorización de la persona en su yo para meditar o contemplar las verdades de la fe cristiana⁸. De él nos interesa subrayar la presencia de esos elementos afectivos cuyo centro y raíz es el amor a Dios, al prójimo y a las criaturas, a las flores, músicas y buenos olores⁹. Despertar por el amor a las criaturas el amor natural que se tiene a Dios, lleva "a amar más tiernamente a Dios que a tu padre y a tu madre"¹⁰.

Santa Teresa parece recoger esta inspiración cuando en el libro de la *Vida* escribe: "Aprovechábame a mí también ver campo o agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro"¹¹. El sentir la belleza de las criaturas es, pues, un medio que eleva a los afectos espirituales, especialmente en la oración. En su ejemplar del *Tercer Abecedario*, Teresa subraya este pasaje: "Máندانos el Señor que cuando orásemos no hablásemos mucho, sino que multiplicásemos más la afección y amor que no las palabras"¹².

⁷ SANTA TERESA, *Vida* 22, 7.

⁸ Vid PABLO MAROTO, D. de-, *Lecturas y Maestros de Santa Teresa*, EDE, Madrid, 2009, p. 190.

⁹ FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer Abecedario Espiritual*, BAC, Madrid, 2005, XVI, 9 pág. 450.

¹⁰ *Ibid.*, p. 448.

¹¹ V. 9, 5.

¹² *Tercer Abecedario* XIII, 1, p. 357. El dato del subrayado está citado por GARCÍA DE LA CONCHA, V., *El Arte literario de Santa Teresa*, Ariel, Barcelona, 1978, p. 121.

La importancia del afecto se revela, de forma especial, en el Décimo Tratado de su *Abecedario* que Osuna titulaba así: “Habla de las lágrimas de recogimiento y dice: Lágrimas son tus armas por la gracia peleando”. En él se contienen muchas referencias bíblicas, a algunas de las cuales ya nos hemos referido, y también a autores espirituales ya citados, especialmente San Bernardo o San Gregorio.

Tomando como motivo la experiencia de Job, concluye Osuna que con Dios no se puede contender, ni argüir pureza o utilizar la fuerza, la maña o multitud de palabras. Sin embargo aquellas cosas acompañadas de lágrimas adquieren un inestimable valor. Las lágrimas comportan una forma de hablar con Dios, son ante él “una maravillosa retórica”¹³. Y se remite a las palabras de San Gregorio: “sacrificio seco es la buena obra que no se rocía con lágrimas de oración, y sacrificio muy grueso es la buena obra que cuando se hace es favorecida con la grosura de las lágrimas”¹⁴. Cuando el esposo llama a la puerta y dice en los Cantares: “Mi cabeza está llena de rocío” (Ct 5, 2) Osuna interpreta que esas gotas de rocío son las lágrimas de la esposa que atraen al esposo hacia ella¹⁵. Son también retórica infantil pues los niños, al llorar, inclinan a sus padres a consolarlos con halagos y palabras dulces y a abrazarlos tiernamente¹⁶.

Lo más característico del tratado de Osuna es poner en relación las lágrimas con el recogimiento que predica. Y, a este respecto, utiliza una imagen que más tarde adaptará Santa Teresa. El varón recogido -dice Osuna- es como huerto de regadío, luego como fuente y más aún como fuente que no desfallecerá ni se secará. Esas tres imágenes nos remiten a tres tipos de lágrimas correspondientes a los tres grados de oración del recogimiento¹⁷.

Los buenos principiantes lloran por recogerse enteramente, trabajan por alcanzar con lágrimas aquello que no creen merecer por sus obras. Desean recogerse en Dios y apartarse de todos los negocios que le apartan de Él. Sobre la mar de las lágrimas -dice Osuna- en-

¹³ Ibid XIII, 1.

¹⁴ Ibid., XIII, 1.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid X, 2.

viamos a Dios el navío del corazón¹⁸. Citando a San Bernardo afirma que con lágrimas se purgan los ojos antes ciegos y se agudiza la vista para mirar la claridad divina. Las lágrimas son como aguas de nieve que descienden de lo alto¹⁹. El llanto lleva a Dios como afirma Jeremías: “En aquellos días y en aquella sazón vendrán los hijos de Israel y los hijos de Judá junto con ellos, llorando mientras caminan en busca de Yahvé su Dios (Jer 50, 4-5). No solo basta caminar, no solo basta el deseo, sino que es preciso que éstos se acompañen de lágrimas para llegar hasta el esposo. Invirtiendo la máxima evangélica dice Osuna: No pueden los hijos del esposo dejar de llorar mientras el esposo no esté con ellos (Mt 9, 15).

En el segundo grado de recogimiento, el de los aprovechados, las lágrimas vienen sin que se haga ningún intento por buscarlas. Sin plañir salen estas lágrimas dulces y amables como las aguas de Siloé de las que hablaba Isafas (Is 8, 6). Es una superfluencia del rocío interior enviado desde arriba²⁰.

Por último tenemos las lágrimas de los perfectos que tienen su origen en el gozo que se experimenta al verse amado por Dios. Son como un derretimiento de amor que parece agua de ángeles, como el agua helada que se deshace cuando recibe el rayo de sol²¹.

La conclusión de Osuna es que las lágrimas son solo propiedad del hombre y que cuanto más hombre se sea más habrá que llorar. Con San Agustín también afirma que “cuanto alguno fuere más santo y más lleno de santos deseos, tanto será más abundoso su lloro en la oración”²².

En cuanto a San Ignacio, es bien conocida la admiración que Santa Teresa tuvo por los padres de la Compañía de Jesús a quienes siempre tuvo por gente santa²³. Incluso siente pena de que la vean tratar con gente tan santa porque temía que su ruindad quedaba “obliga-

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Ibid X, 4.

²¹ Ibid. X, 5.

²² Ibid.

²³ V. 23, 9.

da más a no lo ser”²⁴. Y hacia el final del libro de la Vida resume sus sentimientos con estas palabras: “Y así tengo a esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos a entender”²⁵. Podría decirse que el espíritu de Teresa ha sido modelado por la dirección espiritual de los hombres de la Compañía de Jesús que le han ofrecido su ayuda en momentos decisivos de su vida. Desde los primeros momentos en Ávila, Diego de Cetina, Juan de Prádanos, Francisco de Borja o Baltasar Álvarez le han acompañado en su desarrollo espiritual²⁶. De este modo llega hasta ella una formación espiritual de cuño ignaciano que, entre otros aspectos, también podría incluir la doctrina de las lágrimas.

San Ignacio tenía el don de lágrimas. Su Diario espiritual entre 1544 y 1545, está impregnado de una impresionante efusión de lágrimas. Esa puntual anotación en su diario: “con ellas, sin ellas” al celebrar la misa, es una muestra patente del valor que San Ignacio concede a las lágrimas. Haciendo la cuenta resulta que lo más habitual (unos 175 días al año) es que las derramara²⁷. Ruega durante la misa para que sus oblacones “subiesen adelante del trono de la Santísima Trinidad y en esto y adelante con muy grande efusión de lágrimas, mociones y sollozos interiores ítem pareciendo como que las venas o partes del cuerpo sensiblemente sintiéndose...”²⁸. Esta asociación de la visión de la Trinidad a la devoción intensa y a la abundante efusión de lágrimas que le caen por el rostro, suele repetirse a menudo en su Diario²⁹. Como San Francisco, siente dolor en los ojos de tanto llorar e incluso teme perderlos³⁰. En cierta ocasión anota que, sin lágrimas, tiene una “asaz satisfacción del ánima”, y se contenta con la voluntad del Señor, sin dejarse llevar por el “deseo desordenado de haberlas”³¹. Otro día anota: “Las de este día me parecían mu-

²⁴ V. 23, 15.

²⁵ V. 38, 15.

²⁶ *Ibid.*, p. 229 y sgs.

²⁷ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Obras Completas*, BAC, Madrid, 1951, págs. 285-340.

²⁸ *Ibid.*, p. 295.

²⁹ *Ibid.*, p. 296.

³⁰ *Ibid.*, p. 306.

³¹ *Ibid.*, p. 308.

cho, mucho diversas de todas otras pasadas, por venir tanto lentas, internas, suaves, sin estrépito o mociones grandes...³².

Toda esa autoobservación y escrupulosa anotación del fenómeno, no se corresponde en San Ignacio con una elaboración sistemática de una doctrina de las lágrimas, aunque de su obra se puedan extraer algunos elementos. En primer lugar, en los *Ejercicios Espirituales*, concretamente en el Segundo Ejercicio que se refiere a la meditación de los pecados, pone como condición preparatoria “pedir crecido y intenso dolor y lágrimas por mis pecados”³³.

En segundo lugar, en una carta dirigida a Francisco de Borja, San Ignacio, tras mostrarse partidario de una disciplina moderada, sin llegar a la sangre en la penitencia, aboga por la búsqueda de los dones del Señor, así como de una infusión o gotas de lágrimas ya sea: “1º, sobre los propios pecados o ajenos, agora sea 2ª en los misterios de Cristo N.S. en esta vida o en la otra, agora sea 3º, en consideración o amor de las personas divinas y tanto son de mayor valor y precio, cuanto son en pensar y considerar más alto”³⁴. Esta condensada, pero jugosa doctrina sobre las lágrimas resulta de especial interés por ser doctrina recibida por Francisco de Borja que, a su vez, será confesor de Teresa.

Sin embargo, en otra carta dirigida al P. Nicolás Floris que desea evangelizar en Alemania con la predicación y con el don de lágrimas, San Ignacio afirma que “el don de lágrimas, no se puede pedir generalmente, porque no es necesario, ni absolutamente es a todos bueno y conveniente”³⁵. Quienes han recibido don de lágrimas – dice San Ignacio – no por esto tienen mayor caridad ni son más eficaces que los otros que no tienen tales lágrimas, pero sí voluntad. Y añade que si estuviese en su mano a algunos no les daría don de lágrimas “porque no ayudan a su caridad y hacen daño al cuerpo y a la cabeza y consiguientemente impiden cualquier ejercicio de caridad”³⁶.

³² Ibid., p. 325.

³³ Ejercicios Espirituales en *Obras Completas*, p. 171.

³⁴ Carta a Francisco de Borja en *Obras Completas*, p. 755.

³⁵ Carta al P. Nicolás Floris, en *Obras Completas*, p. 853.

³⁶ Ibid.

LAS LÁGRIMAS EN LA OBRA DE SANTA TERESA

A continuación vamos a realizar un recorrido por las distintas obras de Santa Teresa para analizar los diferentes contextos en los que se alude a las lágrimas.

- *Libro de la Vida*

Sin duda es el texto de Teresa en el que la referencia a las lágrimas se da con una mayor frecuencia. Resulta curioso constatar, y no está exento de significado, que en *Libro de la Vida* aparecen las lágrimas tanto en el primer capítulo como en el último. En el primer capítulo³⁷, Teresa llora por la muerte de su madre: “Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas”. Es un momento central, en el cual la devoción a la Virgen aparece vinculada a la experiencia psicológica de orfandad. No solo fundamenta su vocación al Carmelo, sino que también puede ponerse en relación con su visión del día de la Asunción de Vida 33, 14 cuando la Virgen, que a ella le parece “muy niña”³⁸, la reviste, junto a San José, de una vestidura blanca. Teresa cree entender que la blancura del vestido es símbolo de que ya estaba limpia de sus pecados. Es inevitable poner en relación ambas escenas interpretando la segunda como consecuencia de la petición desconsolada que ella hizo en su infancia. La Virgen da prueba de que ha aceptado ser la madre de Teresa, se hace niña como Teresa lo fue y esta queda con un gran sosiego, gozo y deleite interior.

El llanto del último capítulo está provocado por la toma de conciencia de su fragilidad. Teresa se encuentra fatigada, teniendo que ocupar su tiempo en el cuidado de un cuerpo tan flaco y ruin como el suyo. Estaba en oración y, al llegar la hora de ir a dormir, “estaba con hartos dolores y había de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé a llorar mucho y a afligirme”³⁹. Son unas

³⁷ V. 1, 7.

³⁸ V. 33, 5.

³⁹ V. 40, 20.

lágrimas de impaciencia por no morir ya, por no separarse su alma de un cuerpo frágil que la estorba. Junto al consuelo de oír el reloj que le va indicando la proximidad de la muerte, las lágrimas de Teresa obtienen la respuesta consoladora del Señor que le invita al padecimiento de la enfermedad por amor de él. A partir de ahí ya no hay alternativa: o padecer o morir⁴⁰

Entre un llanto y otro, los capítulos de la vida de Teresa se van llenando de una gran variedad de lágrimas. Así, en los momentos en que hace su discernimiento vocacional, dice: “Y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso que, si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima. Esto me daba pena”⁴¹. Teresa ya empieza a desear tener lágrimas y se describe a sí misma (no será la única vez que lo haga) como alguien de corazón recio e insensible, difícil de conmoverse. En este episodio parece haberse basado José María Pemán, el guionista de la película *Teresa de Jesús* de Juan de Orduña, para presentarnos a Teresa pidiendo a Dios lágrimas, con un cierto dramatismo. Esto no concuerda con las propias palabras de la Santa que dice: “Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás a ello me atreví, solo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese y me perdonase mis grandes pecados”⁴². En cualquier caso no parece que durara mucho esta situación, pues nada más tomar el hábito, dice Teresa que “mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura”⁴³. Y, poco tiempo después, justo cuando su tío le regala el ejemplar del *Tercer Abecedario*, ella dice: “Y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad y a confesarme a menudo”⁴⁴. Ella valora tanto el don de lágrimas por arrepentimiento de sus pecados que ve una gran ingratitud el caer de nuevo. Tenía un gran dolor por sus pecados, acentuado por la conciencia de los numerosos regalos y mercedes que el Señor le hacía. “Muchas lágrimas que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones ni fatiga en que me

⁴⁰ Ibid.

⁴¹ V. 3, 1.

⁴² V. 9, 9.

⁴³ V. 4, 2.

⁴⁴ V. 4, 7.

veía para no tornar a caer en poniendo me en la ocasión. Parecíanme lágrimas engañosas y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dárme las y tan gran arrepentimiento”⁴⁵. Este sentimiento lo vuelve a reiterar más adelante, esa oscilación entre sincero arrepentimiento y caída. Ella siente que el grandísimo arrepentimiento y dolor por sus pecados es una merced, una disposición divina de la que ella se siente indigna y a la que es incapaz de corresponder. “Con regalos grandes castigabais mis delitos”, dice Teresa⁴⁶. Ella vive esos regalos y dulzuras, las propias lágrimas, como una gracia inmerecida, como un “terrible género de tormento”⁴⁷. Pues ella siente que sus pecados merecen enfermedades, trabajos y castigos, y en lugar de ellos recibe regalos: “Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar a caer, aunque mis determinaciones y deseos de entonces -por aquel rato, digo- estaban firmes”⁴⁸. Es decir que Teresa llora llevada, en parte, por un sentimiento de ingratitud, de ser consciente de estar recibiendo muchas gracias y de pagarlas tan mal, pero, más aún, es un sentimiento de impotencia, de comprobar que, pese a sus buenos deseos y determinaciones, sigue siendo incapaz de retornar a una nueva caída.

El crescendo del dramatismo y del flujo de lágrimas llega a su culmen, en el momento de su conversión, al ver la imagen de Cristo: “Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle”⁴⁹. Su llanto ante la imagen del Cristo llagado marca en Teresa un punto de inflexión en su desarrollo espiritual que le ilumina sobre la misma calidad de la lágrima derramada. Además de aproximarse a las lágrimas de la Magdalena y San Agustín de los que luego hablaremos, Teresa siente que a partir de ese

⁴⁵ V. 6, 4.

⁴⁶ V. 7, 19.

⁴⁷ Ibid.

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ V. 9, 1.

momento se ha producido un cambio en ella: “Páreceme que ganó grandes fuerzas mi alma”⁵⁰. Como señala Tomás Álvarez, comentando este episodio, con la vida nueva de Teresa comienza una oración nueva⁵¹. Ella cree que, finalmente, Dios ha escuchado sus clamores y ha tenido “lástima de tantas lágrimas”⁵², permitiéndole que le crezca la afición de estar más tiempo con Él y quitarse de los ojos las ocasiones. Esas lágrimas de la conversión, a los treinta y nueve años, de gran compunción y fatiga de corazón, son portadoras de una determinación que les faltaba a las que hasta entonces había derramado. Por eso dice Teresa: “Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba”⁵³. Es interesante subrayar esta idea de la fuerza de las lágrimas que Teresa asocia a la fuerza varonil, ligada a la determinación y a la sinceridad de la voluntad.

Las lágrimas mujeriles, por el contrario, parecen asociarse a la debilidad de carácter, no expresan un dolor suficientemente intenso o sincero. Pero también Teresa deja traslucir la idea de que la fuerza de las lágrimas está unida a la fuerza del corazón partido que siempre es capaz de alcanzar su deseo conforme a lo dicho en el Salmo: “un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias”. Con todo, pese a haber sido mujeriles o impuras, Teresa, refiriéndose a aquellas lágrimas, dice “creo me valieron”⁵⁴.

En el capítulo 10, Teresa hace una breve reflexión sobre el origen de las lágrimas. Para ella la ternura en la relación con Dios, y las consecuentes lágrimas, está a medio camino entre lo sensible y lo espiritual. Y, aunque todos estos afectos, según ella, son don de Dios, nosotros podemos alimentarlos y nos podemos ayudar del siguiente modo: a) considerando nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, b) meditando lo mucho que hizo por nosotros, su Pasión con sus graves dolores y su vida tan afligida y c) deleitándonos en ver sus

⁵⁰ V. 9, 9.

⁵¹ ÁLVAREZ, T. *Comentarios al Libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos, 2009, p. 74.

⁵² V. 9, 9.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*

obras, su grandeza y lo que nos ama⁵⁵. Estas consideraciones pueden encender el amor y hacer que el alma se regale, el corazón se enternezca y vengan lágrimas⁵⁶. Hay, por tanto, lágrimas que, si provienen de nuestras meditaciones, “parece las sacamos por fuerza”, pero hay otras que el Señor nos las da, sin que podamos resistir⁵⁷. Existiría, pues, para Teresa, una jerarquía de las lágrimas en analogía con la jerarquía de los distintos grados de gloria que existen en el cielo. Así como en la eterna bienaventuranza todos están contentos, independientemente de su grado de gloria, así también sucede con los distintos tipos de lágrimas. También una de esas lágrimas que casi nos las procuramos, dice Teresa que no se puede comprar con todos los trabajos del mundo⁵⁸. Tales lágrimas son un inmenso don cual “es el consuelo que da a un alma ver que llora por tan gran Señor”⁵⁹.

Estas consideraciones nos permiten introducirnos en el tema de las lágrimas en relación con los distintos grados de oración que Santa Teresa desarrolla en los capítulos del 11 al 21 del libro de la Vida. Así como las lágrimas estaban puestas en relación con los distintos grados de gloria, también se ponen en relación con los distintos grados de oración. Aquí Santa Teresa sigue el esquema ya establecido en el *Tercer Abecedario*, y que ya hemos analizado, enriquecido con el símil del huerto. Las distintas aguas de las que ella habla: de pozo, noria, río o lluvia, pueden ponerse en relación con la mayor o menor pasividad de las lágrimas que acompañan a la oración. Las lágrimas procuradas con piadosas consideraciones, son como el agua del pozo que se extrae. Santa Teresa lo dice expresamente: “Llamo agua aquí las lágrimas y, aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción”⁶⁰. No obstante, Teresa quiere advertir que no está el amor de Dios en tener lágrimas, gustos o ternuras, sino en la determinación de ayudar al Señor a llevar su cruz⁶¹. Aquí vuelve Teresa a situar a los “hombres de tomo”, letrados y dispuestos a sufrir trabajos, por enci-

⁵⁵ V. 10, 2.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ V. 10, 3.

⁵⁹ V. 10, 2.

⁶⁰ V. 11, 9.

⁶¹ V. 11, 12.13.

ma de las “mujercitas flacas” y con poca fortaleza que necesitan ternuras⁶².

En lo que respecta al segundo grado de oración, dice Teresa que “...todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo y con tan poco trabajo, que no cansa la oración aunque dure mucho rato...Las lágrimas que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten no se procuran”⁶³. Hay mucha mayor conciencia de pasividad, el hombre por sí solo no puede realizar ninguna diligencia, con lo cual su sentimiento de humildad se acentúa porque si el agua de la gracia la quita Dios es inútil cualquier esfuerzo. El saberse receptora de esta gracia hace exclamar a Teresa: “¡Oh Señor mío y bien mío! ¡Qué no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma!”⁶⁴.

Al llegar al cuarto grado de oración, Teresa describe así sus efectos: “Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura, de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas. Hállase bañada de ellas sin sentirlo ni cuándo ni cómo las lloró; más dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua que le hace más crecer”⁶⁵. La lágrima se caracteriza por su pasividad, por su gozo y por la profundidad del consuelo que otorga. Ya no existe ningún asomo de voluntad propia por procurarse esas lágrimas, son puro don de Dios que llega al alma como la lluvia sobre la tierra. No se conoce ni el cómo ni el cuándo, llegan de forma imprevista, como un regalo. No existe tampoco ningún resquicio de dolor en el alma. Era abundante agua que “sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza que parece lo echaba de sí aquella nube del cielo”⁶⁶. El consuelo, sin embargo, que esta lluvia trae sobre el alma no se resuelve en pura pasividad, sino que se traduce en promesas y determinaciones heroicas. El ánimo queda animosa y sus deseos ardientes, al caer el agua de las lágrimas, se han reavivado. Otras veces, por el contrario, cuando el deseo sea demasiado intenso será preciso “matar la llama con lágrimas suaves y no penosas”⁶⁷. En virtud de la suavi-

⁶² V. 11, 14.

⁶³ V. 14, 4.

⁶⁴ V. 14, 10.

⁶⁵ V. 19, 1.

⁶⁶ Ibid.

⁶⁷ V. 29, 9.

dad de las lágrimas, la mirada, sobre la propia vida pasada, queda limpia y lúcida para ver la gran misericordia de Dios⁶⁸. Esa lucidez sobre la propia vida y los deseos de Dios reavivados por las lágrimas, acaban por proyectarse hacia los demás, hay deseos de repartir esa riqueza con otros y “suplicar a Dios que no sea ella sola la rica”⁶⁹. De forma inconsciente, sin saber cómo, un alma limpiada de ese modo comienza a aprovechar a los prójimos⁷⁰.

Sin embargo Teresa advierte que incluso un alma que ha llegado hasta ahí puede verse caída en un pecado. Entonces -dice Teresa- es el deshacerse de veras y el no osar alzar los ojos, pedir la intercesión de nuestra Señora y de los santos y sentir no merecer siquiera la tierra que se pisa⁷¹. Luego vuelven las lágrimas de arrepentimiento y dolor, y por eso dice Teresa: “Estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos -agua de tan mal pozo en lo que es de mi parte -parece que os pago de tantas traiciones, siempre haciendo males y procurando deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas Vos, Señor mío valor; aclarad agua tan turbia...”⁷². Más adelante ella señala la diferencia que existe entre un agua clara que corre sobre el cristal y reverbera en ella el sol, y otra agua turbia que corre sobre la tierra un día nublado⁷³. Eso nos podría iluminar sobre los distintos grados de transparencia de las lágrimas.

Teresa, con el caso de quien tras probar el agua transparente vuelve a mancharse, nos describe un verdadero ciclo de las lágrimas. Por una parte hay una clara dirección de la lágrima de compunción hacia otra lágrima más clara y pura. Pero si se llega a ella y se cae, es preciso volver a la lágrima de compunción, a un agua enturbiada. En ningún caso, según Teresa, se podría salir del ciclo de las lágrimas. Ella lo escribe para consuelo de almas flacas como la suya. Si un alma, encumbrada por el Señor hasta el cuarto grado de oración y regada con la lluvia de unas lágrimas gozosas, tiene la desgracia de caer, no debe desmayar. Hacerlo equivaldría a perderse del todo. Es preciso

⁶⁸ V. 19, 2.

⁶⁹ V. 19, 3.

⁷⁰ Ibid.

⁷¹ V. 19, 5.

⁷² V. 19, 6.

⁷³ V. 28, 5.

volver a llorar, a regar el huerto con lágrimas trabajosas, con aguas turbias extraídas de un pozo seco, porque, en definitiva, dice Teresa: “Lágrimas todo lo ganan: un agua trae otra”⁷⁴.

En cualquier caso, en las tribulaciones, sequedades y crisis existenciales, Teresa siempre cree en el poder de Dios y le gusta evocar la escena en que el Señor aplacó la tempestad en el mar. “¿Quién es este -se pregunta ella- que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía de haber mucho tiempo sequedad?”⁷⁵.

En muchas ocasiones las lágrimas de Teresa son de desconcierto ante las visiones y gracias místicas que le acaecen. Así en relación con el encuentro con Cristo, y estando ella “ignorantísima” de que podía darse un tal tipo de visión, siente un gran temor y no hacía sino llorar⁷⁶. Otras, ante las órdenes de dar higas a Jesús, ella suplicaba mucho a Dios que le librase de ser engañada y esto lo hacía siempre con hartas lágrimas⁷⁷.

Son también varias las ocasiones en que Santa Teresa derrama lágrimas en la oración por los demás, como en el caso del religioso que le ruega le encomiende mucho a Dios. Ella lo hace y pide a Dios con hartas lágrimas que aquella alma se pusiese en su servicio muy de veras⁷⁸.

En definitiva podemos concluir este apartado refiriéndonos a un episodio en el que Teresa se encuentra un día llorando ante la memoria de su ruin vida y, al tiempo, pensó si Dios le quería hacer alguna merced. Pues constata Teresa: “es muy ordinario, cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí misma para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo soy”⁷⁹. Podría decirse entonces como conclusión que en la vida de Teresa se da una especie de tensión entre lágrimas de compunción y mercedes divinas, pues la lágrima es una merced y la merced un castigo.

⁷⁴ V. 19, 3.

⁷⁵ V. 25, 19.

⁷⁶ V. 27, 2.

⁷⁷ V. 29, 5.

⁷⁸ V. 34, 8.

⁷⁹ V. 38, 17.

- *Camino de perfección*

Las referencias que hace Teresa a las lágrimas en *Camino de Perfección* son más infrecuentes, limitándose a reiterar muchas de sus ideas ya expresadas en *Vida*. No obstante, ya desde el capítulo primero podemos encontrar la alusión a las lágrimas en un nuevo contexto. Está hablando Teresa de los motivos que le impulsaron a la fundación de San José, con la cual concluyó *Vida*. En la raíz de dicha fundación hay que situar su visión del infierno, descrita en el capítulo 32. Allí, entre otras realidades de las que toma conciencia está la de las muchas almas que se condenan. Aquí, en *Camino*, lo precisa aludiendo a las almas de la “desventurada secta” de los luteranos. Teresa se siente concernida, angustiada por la suerte de aquellas almas. Casi en el mismo inicio del libro lo explica así: “Diome gran fatiga y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían”⁸⁰.

De ver perdidas tantas almas a ella “se le quiebra el corazón” y trata de aliviar el mal procurando “no ver perder más cada día”⁸¹. Es esta la finalidad de la fundación de San José: “¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para esto os juntó aquí; este es vuestro llamamiento, estos han de ser vuestros negocios, estos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, estas vuestras peticiones”⁸². Las lágrimas no tienen su motivo en los propios pecados o en los sufrimientos de Cristo, sino que se integran en la oración por la salvación de las almas.

Todo el texto de *Camino* está atravesado por esta atmósfera de lucha, de resistencia, de defensa de la Iglesia: ¡Estáse ardiendo el mundo!⁸³, exclama Teresa. Y tal situación no es propicia para ternuras, sino para pelear por Dios desde el castillito del Carmelo⁸⁴. Pelea a base de oración por la salvación de las almas. En este contexto, las lágrimas son un arma para hacer más eficaz la oración y no como expre-

⁸⁰ CV 1, 2.

⁸¹ CV 1, 4.

⁸² CV 1, 5.

⁸³ Ibid.

⁸⁴ CV 3, 2.5.

sión del dolor por la propia vida pecadora. “¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio si por mi oración se salva una sola alma?”⁸⁵. Pero también, ante una empresa tan ambiciosa resurge el sentimiento de la propia pequeñez e indignidad, que hace brotar lágrimas: “Mirad Señor que ya sois Dios de misericordia habedla de esta pecadorcilla, gusanillo que así se os atreve. Mirad, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico y olvidad mis obras por quien vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced a vuestra iglesia”⁸⁶.

Si se llora es por verse en una situación dramática, no por conseguir ternura. Por eso aquí acentúa Teresa su carácter varonil y expresa este deseo a sus monjas: ¡Ojala! no fueseis en nada mujeres ni lo parecieris, sino varones fuertes”, pues si ellas “hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres”⁸⁷.

Aunque Dios da a veces a gustar regalos y ternura y mueve los deseos⁸⁸, para Teresa eso no es lo importante. Ella subraya que el don de lágrimas no es el criterio para medir el progreso en la vida espiritual “porque no son las lágrimas, aunque son buenas, todas perfectas; y la humildad y mortificación y desasimiento y otras virtudes siempre hay más seguridad”⁸⁹.

- *Las Moradas*

Solo es a partir de las cuartas moradas cuando Teresa comienza a hablar de las lágrimas, en el contexto de la distinción entre contentos y gustos. Los contentos en la oración son aquellos que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones al Señor, pero, en última instancia proceden de nuestro natural. Lo compara Teresa a las alegrías naturales que tienen como causa hechos tales como el que nos toque en suerte una riqueza inesperada o ver de repente a una persona que amamos y que creíamos muerta. Tales contentos a veces provocan llantos y así lo constata Teresa: “Yo he visto derramar lá-

⁸⁵ CV 3, 6.

⁸⁶ CV 3, 9.

⁸⁷ CV 7, 8.

⁸⁸ CV 16, 4.

⁸⁹ CV 17, 4.

grimas de un gran contento y aún me ha acaecido alguna vez”⁹⁰. Pero también las cosas de Dios provocan contentos (y lágrimas) que son de “linaje más noble que las naturales”. Si bien, Teresa no se muestra muy segura a la hora de establecer con claridad el origen de esos contentos. Pues, por otra parte, los gustos, además de tener su origen en Dios, “los siente el natural”⁹¹. Teresa siente la dificultad de explicar esta diferencia entre contento y gusto, así como la que existe entre sus lágrimas respectivas. Ella simplemente siente que esa diferencia existe, pues la ha experimentado, aunque confiese que “no alcanza mi saber a darme a entender”, y eche de menos conocimientos de psicología acerca de las pasiones del alma⁹².

No obstante, ella apunta un criterio de distinción: La lágrimas de contento en la oración son “lágrimas congojosas”, es decir, fruto de una congoja que aprieta el corazón, y que parecen movidas por la pasión. Por el contrario los gustos provocan un ensanchamiento del corazón según lo afirmado por el Salmo 118: *Cum dilatasti cor meum*. A quien tuviere experiencia, dice Teresa, eso le basta para ver la diferencia⁹³. Para precisar más relata la suya: “Si comenzaba a llorar por la Pasión, no sabía acabar hasta que se me quebraba la cabeza, si por mis pecados lo mismo”⁹⁴. Es interesante ver resumidas aquí las dos causas fundamentales del llanto: la Pasión de Cristo y los propios pecados. Llanto llevado hasta el límite, hasta que la cabeza está a punto de estallar. Eso lo ve Teresa como una merced de Dios, pues aunque algunas de esas lágrimas y deseos “están ayudadas del natural”, lo importante es que “vienen a parar en Dios”⁹⁵. La distinción es más oscura que la establecida en Vida entre las aguas del pozo y el agua de río, a las que, en última instancia, habría que remitirse. Pero hay un último criterio para saber si las lágrimas son dadas por Dios: el de sus efectos. Si los efectos de las lágrimas “son todos efectos de amor”, entonces hay que considerarlos como don de Dios⁹⁶.

⁹⁰ 4M 1, 4.

⁹¹ Ibid.

⁹² 4M 1, 5.

⁹³ Ibid.

⁹⁴ 4M 1, 6.

⁹⁵ Ibid.

⁹⁶ 4M 4, 6.

Otro consejo para verificar la autenticidad de la lágrima es el de la humildad, el de no buscar ni procurar ningún goce o consuelo porque se sabe que no se los merece. No es procurando los consuelos y las lágrimas como estos se alcanzan. Las lágrimas dadas por Dios brotan del manantial del centro del alma⁹⁷. Esta agua “solo se da a quien Dios quiere y cuando más descuidada está muchas veces el alma”⁹⁸.

En las sextas moradas cuando el Señor ha mostrado al alma algo de la tierra de promisión, cuando ya casi el alma parece apartarse del cuerpo en continuos arrobamientos, vuelven las lágrimas. El alma está tan deseosa de gozar del todo a quien le hace tales mercedes, que experimenta “unas ansias grandísimas de morir”⁹⁹ y con “lágrimas muy ordinarias pide a Dios la saque de este destierro”¹⁰⁰. Llama la atención esta calidad ordinaria de las lágrimas en las alturas de la unión mística. Parece producirse una regresión en la misma intensidad del deseo, pues el alma se siente cobarde y en las cosas más bajas, y atemorizada y con tan poco ánimo que no le parece posible tenerle para nada. Entiende Teresa que, por su propio bien, deja el Señor abandonada al alma a su natural¹⁰¹. Será entonces en esa situación entre el miedo a las gentes y la intensidad del deseo de donde broten las lágrimas.

Desde aquella situación natural vuelve a preguntarse Teresa por los engaños a los que pueden conducir las lágrimas. Pues las penas pueden ser producidas no por el deseo de ver a Dios, espoleado por sus numerosas mercedes, sino simplemente por una complexión flaca¹⁰². Alude Teresa en especial a las personas tiernas que por cada cosa lloran y que piensan equivocadamente que lloran por Dios¹⁰³. A causa de un humor llegado al corazón (sin duda piensa en la melancolía), y no por el amor que se tiene a Dios, estas personas no se pueden resistir a las lágrimas ante cada palabrita referente a Dios “y como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van a la mano ni

⁹⁷ 4M 2, 5.

⁹⁸ Ibid.

⁹⁹ 6M 6, 1.

¹⁰⁰ Ibid.

¹⁰¹ 6M 6, 5.

¹⁰² 6M 6, 7.

¹⁰³ Ibid.

querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden a ellas”¹⁰⁴. Teresa simplemente describe una situación que conoce bien y habla por experiencia. Esta constatación le hace de nuevo insistir en la necesidad de distinguir las lágrimas que nacen de una complexión flaca o melancólica y las que son puro don de Dios. Para ello acude al criterio de los efectos. Las primeras son alborotadoras y no pocas veces hacen mal, sin embargo las segundas son confortadoras y pacifican¹⁰⁵. Para explicar el origen del don de lágrimas, tal y como ella lo ha experimentado. Teresa acude a la comparación de la alquitara o alambique. Así, la lágrima se manifiesta como el resultado de un proceso de destilación del agua que bulle en el más profundo centro del alma por virtud del fuego interior¹⁰⁶. Pero incluso en el caso de que vengan este tipo de lágrimas Teresa quiere dejar claro que “no pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes”. Las lágrimas son de tanto más ayuda para dar fruto cuanto menos caso hiciésemos de ellas y menos las procuremos. “Vénganse las lágrimas cuando Dios las enviare”, dice Teresa. Hay, pues, que ver el don de lágrimas como el mismo don de la lluvia sobre la tierra seca. A nosotros solo nos queda mirar, desde nuestra bajeza, la misericordia y grandeza de Dios, y que Él llueva cuando quiera¹⁰⁷.

Otro aspecto que subraya Teresa en estas sextas moradas es que, pese a encontrarse el alma en tan elevadas regiones nunca puede gozar de plena seguridad. Nunca desaparecen ni el temor de una posible recaída, ni las lágrimas por los pecados. “El dolor de los pecados - dice Teresa- crece más mientras más se recibe de nuestro Dios”¹⁰⁸. El descanso y consuelo definitivos solo podrán producirse cuando nos hallemos allí donde ninguna cosa puede dar pena. El origen de la pena que producen los propios pecados no es el posible castigo que puedan llevar aparejado, sino descubrir la profunda ingratitud que se ha tenido ante un Señor que nos ha colmado de bienes y que tanto merece ser servido¹⁰⁹. Es el dolor que se siente al recordar el poco

¹⁰⁴ Ibid.

¹⁰⁵ 6M 6, 8.

¹⁰⁶ Ibid.

¹⁰⁷ 6M 6, 9.

¹⁰⁸ 6M 7, 1.

¹⁰⁹ 6M 7, 2.

respeto que se ha tenido a una tan gran Majestad a la que se dejó por seguir cosas muy bajas. Para Teresa la memoria de los pecados es algo que permanece en todo momento incluso después de haber tenido grandes éxtasis y arrobamientos. La memoria de las mercedes recibidas es más débil que la de los pecados aunque el Señor los tenga perdonados y olvidados¹¹⁰. Las mercedes fluyen, las lleva un río caudaloso por el curso del tiempo vital. Por el contrario los pecados parecen inmóviles, depositados en el fondo del alma, inmunes al olvido. “Esto de los pecados -dice Teresa- está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria y es harto gran cruz”¹¹¹, por esto se les llora.

- *Las Fundaciones*

Prácticamente solo existe una referencia a las lágrimas en el libro de las *Fundaciones*, pero puede decirse que ellas son el fundamento mismo de la acción que emprende Teresa. En el capítulo 1, cuenta cómo, ya estando asentadas en el convento de San José, vino a visitarlas el franciscano fray Alonso de Maldonado que venía de las Indias y les dio cuenta “de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina”¹¹². Teresa nos cuenta los efectos que la plática de fray Alonso de Maldonado dejó sobre ella: “Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas que no cabía en mí. Fuíme a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándose diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma en su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más”¹¹³. Como sucedía en *Camino de Perfección*, aquí Teresa llora por la perdición de las almas y sus lágrimas se sitúan en el inicio de una aventura misionera. No son lágrimas depresivas que se replieguen sobre sí mismas, sino lágrimas que se sitúan como un manantial en el inicio de un torrente de acción como es el que se expresa en el libro de las *Fundaciones*.

Por otra parte es interesante destacar su análisis y tratamiento de la melancolía a la que, como hemos visto, hacía una referencia en las

¹¹⁰ 6M 7, 4.

¹¹¹ 6M 7, 2.

¹¹² F 1, 7.

¹¹³ Ibid.

sextas moradas. Las lágrimas que tienen su origen en una complexión flaca o un humor del corazón, no pueden confundirse con las lágrimas que da Dios. Las lágrimas melancólicas son producto de una enfermedad que, por otra parte, puede utilizar el demonio como mediación para perjudicar a toda la comunidad que rodea a la enferma¹¹⁴. En el capítulo 7 de *Fundaciones*, Teresa realiza una auténtica disección de la melancolía, ofreciendo criterios, basados en la experiencia, sobre su diagnóstico y tratamiento. En cuanto a su diagnóstico la melancolía produce, según Teresa, un oscurecimiento, que no privación total, de la razón; tiene un carácter cíclico (“a tiempos aprieta el humor y sujeta la razón otros a tiempos están buenos”); crónico (“por maravilla sanan”); se salen con lo que quieren, dicen todo lo que se les viene en gana, miran las faltas de las otras y encubren las suyas; sufren aflicciones, escrúpulos, tienen la imaginación flaca; algunas se deshacen en lágrimas¹¹⁵.

En cuanto a su tratamiento Teresa acepta lo que dice la ciencia de su tiempo: “adelgazar el humor con alguna cosa de medicina”; también los remedios disciplinarios en los que hay que combinar el rigor con el amor: “Llevarlos con maña y amor”, pero si no bastan palabras es preciso utilizar castigos y si no bastan castigos pequeños que sean grandes; asimismo dada la tendencia del melancólico a la ociosidad, es preciso ocuparlo con oficios y, finalmente, utilizar la dieta adecuada¹¹⁶. Esta sabia mezcla de rigor y amor para evitar la sensiblería, los excesos de la afectividad y el abuso morboso y depresivo de la actividad lacrimal que puede desorientar y confundir sobre el verdadero sentido de las lágrimas, es una de las grandes lecciones del magisterio espiritual de Teresa.

LAS FUENTES DE LAS LÁGRIMAS

¿De dónde extrae Teresa su doctrina y práctica de las lágrimas? Esta pregunta puede ser respondida, a mi juicio, al menos desde tres perspectivas diferentes: psicológica, teológica e histórica.

¹¹⁴ F. 7, 2.

¹¹⁵ F. 7, 2.3.5.10.

¹¹⁶ F.7, 8.

En primer lugar nos podemos preguntar sobre el origen de las lágrimas, siguiendo las reflexiones que la propia Teresa establece a propósito de la melancolía. Según ella, la propensión a las lágrimas puede tener su origen en una complejión flaca que, con frecuencia en su época, solía darse en la mujer. En este sentido ella critica las lágrimas femeniles que responden a la hipersensibilidad a la neurastenia, a la debilidad o al miedo. Teresa parece querer expulsar de sí misma y de su comunidad, cualquier rasgo de carácter que lleve a reproducir los modelos de sumisión de la mujer entre los cuales está el del llanto. La conocida máxima de la madre de Boabdil, tras la pérdida de Granada, es sintomática de un tópico vigente en la sociedad española del XVI: “Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre”. Teresa, ya lo hemos visto, quiere que sus monjas sean varoniles y combativas y, en ese sentido, tiene una gran prevención con respecto a las lágrimas. Ella misma se autodefine con estas palabras: “Porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio, que algunas veces me da pena”¹¹⁷. Sin embargo esto parece en contradicción con las múltiples lágrimas que Teresa vierte a lo largo de toda su obra.

El tema de la afectividad de Teresa podría ser objeto de un estudio pormenorizado¹¹⁸, pero es indudable que a lo largo de todas sus páginas descubrimos una personalidad profundamente afectiva, aunque trate de que esos afectos se reorienten hacia Dios. El capítulo 24 del libro de la *Vida* resulta clarificador a este respecto: “que nunca más yo he podido asentar en amistad ni tener consolación ni amor particular sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir”¹¹⁹. Otra cuestión es la de la melancolía, de esa bilis negra o atrabilis que Teresa trata de combatir en sus conventos. Posiblemente ella también tenía tendencia a la melancolía, algunas *Cuentas de Conciencia* así lo dan a entender: “Algunas veces no puedo estar sentada según me dan las bascas, y esta pena me viene sin procurarla, y es tal que el alma nunca querría salir de ella mientras viviese, y son las an-

¹¹⁷ 6M 6, 8.

¹¹⁸ Vid a este respecto POVEDA, J., *La Psicología de Teresa de Jesús*, Rialp, Madrid, 1984, especialmente el capítulo consagrado a la Afectividad en Teresa de Jesús p. 73 y sgs.

¹¹⁹ V. 24, 6.

sias que tengo por no vivir y parecer que se vive"¹²⁰. O aún más adelante: "Apriétanme los males corporales en junto, túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo, no lo entiendo; paréceme estoy llena de faltas, sin ningún ánimo para la virtud, y el grande ánimo que suelo tener queda en esto, que me parece a la menor tentación y mormuración del mundo no podría resistir. Ofréceseme entonces que no soy para nada, que quien me mete en más de lo común. Tengo tristeza, paréceme tengo engañados a todos los que tienen algún crédito de mí...". Tales expresiones de abatimiento y tristeza rozan la melancolía y parecen poder incluirse dentro de los mismos criterios de diagnóstico que da la Santa. A esto habría que añadir ese sentimiento de irrealidad a la que ella se refiere en varias ocasiones: "Y hame dado una manera de sueño en la vida que casi siempre me parece estoy soñando"¹²¹. William James refiere, como una de las características de la melancolía religiosa "ese sentido de irrealidad de las cosas que puede convertirse en un dolor insoportable"¹²². Sin embargo, como dice López Ibor, el humor melancólico, la propia tristeza de la vida, el tedio y tantos otros estados de ánimo se hallan en estado latente en cada uno de nosotros. Dos factores los convierten en anormales: uno consiste en que el menudo oleaje de nuestra vida interior se convierte en tormenta. Otro es que en lugar de mantenerse firme en ese oleaje anímico nos entregamos con fruición a él¹²³. Teresa jamás se abandona, y, menos con fruición, a ese estado. Decide no hacer caso del cuerpo ni de la salud, no mirarse ni regalarse¹²⁴.

Sin embargo, Teresa, en lucha con sus afectos y enfermedades, se reorienta a Dios. Todo el caudal de su afectividad se canaliza hacia Dios, también sus lágrimas. Teresa que oculta o disimula sus dolores y sufrimientos ante los otros, los expresa ante Dios. Ante la humanidad de Jesús recobra su papel femenino tradicional y emplea sus lágrimas como una forma de expresión o como un argumento. Las lá-

¹²⁰ CC. 1, 4.

¹²¹ V. 40, 22.

¹²² JAMES, W., *Las Variedades de la experiencia religiosa*, Orbis, Barcelona, 1988, t. 1, p. 78.

¹²³ Vid LÓPEZ IBOR, J. J., "Ideas de Santa Teresa sobre la melancolía" en *Revista de Espiritualidad* 1963, p. 436.

¹²⁴ V. 13, 7.

grimas recobran un sentido marcadamente retórico para conmover el corazón de Dios y hacer más eficaz la oración por las almas¹²⁵.

Desde una perspectiva teológica o espiritual, la doctrina de las lágrimas en Teresa es deudora de toda la tradición bíblica y teológica, apenas esbozada en este trabajo. Ella, no obstante hace sus particulares subrayados. Principalmente, del Nuevo Testamento, ella alude con cierta frecuencia a los ejemplos de San Pedro y la Magdalena. Ellos son los ejemplos de esas almas elevadas hasta las sextas moradas que no pueden dejar de llorar por sus pecados pasados “yo pienso que este fue un gran martirio en San Pedro y la Magdalena; porque como tenían el amor tan crecido y habían recibido tantas mercedes y tenían entendida la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir y con muy tierno sentimiento”¹²⁶. Por mucho que se suba en la escala espiritual hay que aprender la humildad de San Pedro y decir: Apartaos de mí que soy hombre pecador¹²⁷. De su devoción por la Magdalena ella hace especial mención, justo tras deshacerse en lágrimas ante la imagen del Cristo llagado: “Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba”¹²⁸. Teresa en cada comunión interioriza el gesto de la Magdalena, se pone a los pies de Jesús, “pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas”¹²⁹. En cuanto al acompañamiento a las lágrimas de Cristo, Teresa dice hallarse muy bien en la oración del Huerto: “Allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía. Deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor”¹³⁰. Especial mención merece la referencia al llanto de Jesús por Lázaro al que Teresa consagra una de sus *Exclamaciones*: “¡Oh cristianos verdaderos!, ayudad a llorar a vuestro Dios, que no es solo por Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar, aunque su Majestad los diese voces”¹³¹.

¹²⁵ Vid. GARCÍA DE LA CONCHA, V., *El arte literario de Santa Teresa*. Ariel, Barcelona, 1978, p. 121, donde habla de la base experiencial de la retórica de las lágrimas.

¹²⁶ 6M 7, 4.

¹²⁷ V. 22, 11.

¹²⁸ V. 9, 2.

¹²⁹ V. 9, 2 y el comentario de TOMÁS ÁLVAREZ, Op. cit., p.72.

¹³⁰ V. 9, 4.

¹³¹ E. 10.

También Teresa sigue la senda de San Agustín en el momento de su conversión. “En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustín que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré ni nunca las había visto”¹³². Al iniciar su lectura ella se ve allí, y, al llegar al emocionante momento de la conversión estuvo “por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga”¹³³.

Por último hay que situar la doctrina teresiana de las lágrimas dentro del marco de lo que se ha dado en llamar la historia de las mentalidades. En este sentido hay que resaltar que ya en el siglo XV se ha creado un ambiente de honda emotividad religiosa que tiene sus manifestaciones bien en las vehementes reacciones populares ante los predicadores, bien en la vía de la ternura iniciada por la devotio moderna¹³⁴. Pero, al tiempo, el inicio del siglo XVI que parece recubrir, con la denominación de Renacimiento y del humanismo, una época confiada en la técnica naciente y en los grandes descubrimientos, es también profundamente pesimista. Como ha señalado Delumeau entre los siglos XVI y XVII se llega en Europa a la cumbre de la culpabilización colectiva. Se produce un sentimiento de angustia y de pecado. Las catástrofes colectivas que tienen lugar como la continuación de la peste, el cisma, las guerras de religión, son utilizadas por los predicadores para presentarlas como la respuesta de un Dios encolerizado contra la maldad del hombre¹³⁵. Es la época en la que lo macabro está presente por doquier en la iconografía, en la que aparecen las danzas de la muerte. Son expresivos de esta situación cuadros como los de el Bosco y su triunfo de la muerte o de otros en los que se expresa una condición pesimista de la condición humana como El carro de heno, pintado a principios del XVI y que, según Caro Baroja, es un tratado de moral cristiana en clave de sátira anticlerical¹³⁶. El carro de heno representa el mundo en el que cada cual busca la gloria, la fama, la gloria en la forma de una cosa tan volátil e insustancial como el heno.

¹³² V. 9, 7.

¹³³ V. 9, 8.

¹³⁴ HUIZINGA, J., *El Otoño de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1984, p. 270.

¹³⁵ DELUMEAU, *Le pêché et la peur*, Fayard, Paris, 1983, p. 334.

¹³⁶ CARO BAROJA, J., *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Sarpe, Madrid, 1985, p. 319.

En derredor de este carro van los representantes de todos los estados: papa, emperador, príncipes y otros de más bajos oficios. Sin embargo estos hijos del pecado y de la ira parecen destinados a arder como el heno al que adoran en el fuego eterno que aparece en otra tabla del tríptico. Esta visión pesimista del mundo se confirma en una obra del primer renacimiento español como es *La Celestina* de Fernando de Rojas. Allí el padre de Melibea lanza un discurso contra el mundo: “¡O mundo mundo...Yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por algún orden; agora, visto el pro y la contra de tus bienandanzas me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, prado pedregoso, prado lleno de serpientes, huertos floridos y sin fruto, fuente de cuidados, río de lágrimas...”¹³⁷. Esta época de la danza de la muerte es también la época dorada de la melancolía, representada de forma magistral por Dürero y estudiada por muchos autores de la época¹³⁸. Y, por supuesto, es la época del diablo y de las visiones infernales¹³⁹. Este, en definitiva, es el trasfondo en el que escribe Santa Teresa y que explica, en parte, algunos de sus textos. La dramatización que está presente en la escritura no es meramente retórica aunque tenga indudables efectos retóricos. La hondura del sentimiento y del dolor hasta las lágrimas por los pecados propios y ajenos responde a una mentalidad de la época. En última instancia hace referencia al infierno y a la visión del infierno. Si puede hablarse en Teresa de angustia existencialista -dice Alvira- es en la medida en que hay infierno. La descripción que ella hace del infierno es la de un lugar carente de espacio y luz, estrecho y angosto. Desde ahí, dado el parentesco entre angustia y angosto, sería legítimo hablar de ese encogimiento de corazón, ese sentirse apretado propio de la angustia¹⁴⁰. En Teresa ese sentimiento está en tensión con la firme esperanza, pero

¹³⁷ FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, Ediciones B, Barcelona, 1986, p. 322.

¹³⁸ Vid. KLIBANSKY, R. y PANOFSKY, E., *Saturno y la melancolía*, Alianza forma, Madrid, 1991.

¹³⁹ Vid. CARO BAROJA, *Op. cit.*, p. 69 y sgs, vid el artículo de TEÓFANES ÉGIDO, “Los demonios de Lutero y de su tiempo”, *Revista de Espiritualidad* 1985, p. 271 y sgs.

¹⁴⁰ ALVIRA, M^a. I., *Vision de l’homme selon Thérèse d’Avila*, p. 189.

aún en las sextas moradas ella sigue sintiendo la bondad de aquel que le hace mercedes a alguien como ella que no merece sino el infierno¹⁴¹. Lo mismo pasa con las almas que se pierden ya sea de luteranos, infieles y pecadores. Llorar por ellos estando convencida de la terrible suerte que les aguarda se impone casi como una necesidad.

¹⁴¹ 6M 7, 4.